



Capítulo 16

Homenaje a Anna Maccagno

I Simposio sobre la escultura peruana del siglo XX



Facultad de Arte de la Pontificia Universidad Católica del Perú
Fondo Editorial 2003

Primera edición: enero de 2003

*Homenaje a Anna Maccagno.
I Simposio sobre la escultura peruana del siglo XX*

Copyright © 2003 por el Fondo Editorial de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
Plaza Francia 1164, Lima I
Teléfono: 330-7410 / 330-7411
Telefax: 330-7405
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Diseño gráfico: Fondo Editorial de la PUCP
Impresión: Tarea Asociación Gráfica Educativa

Derechos reservados, prohibida la reproducción de
este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 150105-2003-0258
ISBN: 9972-42-524-X

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Anna querida

Lo último que le escribí a Anna fue el pasado 21 de noviembre cuando esa mañana le quería decir, en su primer día de muerte, todo lo que sentía por semejante pérdida. Se lo escribí.

«Cuando haya pasado el espacio y tiempo que será tan terco como para convencernos de que ya te has ido, seguirás quedándote más que nunca entre nosotros. Cuando me crea que ya no estás porque solo sucederá con la misteriosa y puntual hora exacta en que Dios en su gracia bendice tu partida y libera tu espíritu para siempre volverás una y mil veces en recuerdos a ésta tu historia que en realidad nunca terminará porque dará siempre fruto.

Anna, llena de fuerza y razón, con acento a verdades puras como la naturaleza y sus leyes indiscutibles; has sido, eres y serás por siempre, ese vuelo limpio, libre y gentil para toda generación forjada en nuestra, tu casa, antes durante y después de esa total entrega tuya y aparente partida.

Vuelve ahora y descansa en paz a esta tierra fértil y naturaleza que tú tanto amabas y que nos enseñaste a amar y a exaltar en diferentes dimensiones; y así como en tu Roma San Pedro puso una primera piedra, en esta tierra las primeras piedras y sus escultores los formaste tú.

Que Dios te bendiga y festeje tu bienvenida, la pena déjala solamente para todos nosotros.

21 de noviembre 2001»

Ahora me detengo a poner por escrito, para su libro, sólo un poco de todos y cada uno de los pensamientos y reflexiones que trae su ausencia física diaria, bastante triste para mí. Porque hace casi un año que ese vacío sigue aquí y así convive y camina conmigo.

Me toca muy profundo y muy dentro cada foto tuya cuando te veo, porque es lo único ya que se puede ver de tu hermosa persona.

Aunque tu espíritu vivo y alegre lo sigo viendo en mucha de la naturaleza que siempre me recuerda a ti, en los lugares donde caminaste y reíste tantas veces en voz alta con mucha gente que te ama tanto y jamás te olvidará.

Yo por ejemplo aunque por siempre adoraré a Anna Maccagno, nunca podría usar esa frase tan cursi de que «Anna era como mi madre». En primer lugar porque yo ya tengo la mía y ese lugar siempre estará completo.

Quizás Anna era una de esas grandes mujeres en todo lo humano y profundo, que en realidad simplificaba el rol por naturaleza dependiente para con la madre y te ofrecía su parte, plácidamente disfrutando del gusto de darse ella por entero y así exigir lo justo y preciso de cada uno de nosotros, sus críos en el aspecto abstracto y divino, amical y educativo. Anna era como una madre Universal, que justamente por no ser sanguínea con nadie, no desbordó nunca en nada de lo visceral. Con ella todo era un placer, hasta en su puntual y acertada crítica que se distinguía por siempre construir y nunca destruir lo propio.

Cómo pudo alguien sembrarse tan fuerte en tantos. Simplemente el recordar su fuerza en todos los sentidos nos daría qué hablar por horas. Todo ese amor, también tamaña fuerza, con la que se dirigía a todos los que la solicitaban, así fuera éste un alumno, un conserje o simplemente una planta, que dichosamente auxiliaría. Y eso sin mencionar a sus divinos gatos, aunque Anna sabía querer a cada ser viviente por igual. Me acuerdo cuando me contaba que no sé qué buen amigo suyo, al preguntarle en qué quería reencarnarse le dijo sin pensar dos veces que pediría «ser perro en casa de Maccagno». Nada más.

Y cómo preparaba nuestra senda y sembraba cada semilla según la tierra de la que uno era. Caminó de la mano de cada cual durante su carrera con dedicación, delicadeza, amistad y determinación en lo que ya sabía que cada uno debía alcanzar, hacer florecer y dar fruto hasta el justo punto maduro y final.

Ordenadora, carismática, graciosa y tan feliz entre sus alumnos; literalmente esa era su alegría de vivir: educando. Y educando en el verdadero sentido de la palabra, con educación.

Anna y Adolfo, quienes en su escuela han visto crecer un criadero de artistas en todas sus multifacéticas metamorfosis, sabían guiar y domar a cada uno en su natural evolución con el justo rigor, pero con clase y delicadeza. Jamás te faltarían el respeto.

En esta escuela ellos practicaron la disciplina de la superioridad, calidad manda. No se molestaban por las insignificancias triviales del mundo de hoy. A ese tipo de gente que nos formó, yo los usaría como el perfecto ejemplo de la maravillosa frase de mi madre, Irene Jasinska, que dice «que mientras la inteligencia vuela, la viveza reptea». Sin olvidar además el inmenso bagaje que traían sus 50 años de adelanto cultural a nuestra sociedad sudamericana, y de su propio vuelo y fórmulas por cierto muy eficaces de cómo formar artistas. No artesanos, que era un poco lo que se hacía antes de que Winternitz viniera a poner a día al Perú en el arte sin hache.

Pero estoy escribiendo primordialmente sobre una tamaña señora Romana, que en realidad nunca llegó a ser una vieja. Anna era una señora cada vez mayor. Hasta que la enfermedad le detuvo la diversión y comenzó a llevársela demasiado pronto.

Yo no pude manejarlo, por primera vez en mi vida había sido cobarde en demostrarle a esos ojos de mar, cómo me torturaba verla comenzar a irse poco a poco de aquí y ahora. Era como cuando uno siente ese gran vacío que deja un gran patriarca o un buen presidente. Una especie única como la de un Aristóteles actual, a esa jerarquía de gente me refiero.

A esa pérdida incontenible en mi corazón de un ser humano luminoso y en potencia bueno y trascendental, que ha dejado por siempre encendida en todas partes de nuestro mundo terrenal, la llama eterna que sólo dejan los verdaderos astros detrás de sí.

Nunca existirá un adiós entre nosotras ni podré jamás perder nuestro diálogo imaginario. Tú me enseñaste a quererte demasiado bien y eres la prueba cotidiana dentro de mi vida del verdadero amor, que así como tú vivirá por siempre y por lo tanto nunca morirá porque es amor eterno.

Te extraño tanto como sólo tú lo sabes.

ANNA KAZMIERSKI, ANUSIA